

yendo los notables estudios del doctor Ulecia sobre la mortalidad infantil en Madrid, se resolviesen a aplicar el remedio a plaga tan triste, o al menos a plantar el primer jalón del camino por donde el remedio venga.—Antes de plantear el establecimiento en Madrid, el doctor recorrió los del extranjero, y nos comunica sus impresiones en un libro nutrido de hechos y datos interesantes, que revelan la eficacia con que este género de obras se emprenden en Europa.

Las *Gotas de leche* tienen dos objetos: dar consejos a las madres acerca de la lactancia de sus hijos, y suministrarles leche de buena calidad. La primer *Gota de leche* tuvo derecho a la primer visita del doctor Ulecia: es la de Fécamp, puertecillo normando donde se elabora el famoso licor conocido por *Benedictino*. La fundó y dirige—con auxilio del Ayuntamiento y vecindario—el doctor Dufour, y en ella, al lado de las secciones de suministro de leche mediante pago, hay una sección casi gratuita para los pobres. Esto mismo se hace en Madrid, a pesar de que en Madrid la leche es cara y el doctor Ulecia nos informa de lo baratísima que cuesta en Fécamp.

* *

Por la explicación sucinta del programa de las *Gotas de leche* parecerá sencilla su organización. No lo es, sin embargo: ofrece dificultades y exige minuciosa atención en quien se encargue de hacer funcionar el mecanismo. Sobre el modelo de Fécamp está principalmente calcado el Consultorio madrileño.

En él se entrega diariamente a las madres que no pueden criar o necesitan ayuda, una cesta con cierto número de biberones, que contienen la cantidad de leche correspondiente a cada vez que ha de mamar la criatura. Un día por semana es pesado el niño en la basculita en forma de batea, revestida de blanco y azul, adornada de encaje—coquetería de la caridad.—Se dan a la madre los consejos médicos e higiénicos que el estado del niño requiere, en presencia de las otras madres asistentes a la consulta, y a quienes este curso de puericultura conviene mucho.

La leche que se suministra en el Consultorio está perfectamente esterilizada y maternizada; y digo que a los pobres se les da casi de balde, pues la copiosa ración diaria sólo cuesta diez céntimos. Ved ahí una forma ingeniosa de substituir, en el presupuesto de socorros, el limosneo callejero, ineficaz y detestable costumbre de nuestra patria, por algo útil y positivamente caritativo. ¿Quién, en las calles de Madrid, no invierte al día diez, quince, veinte, veinticinco céntimos en el chorro de la limosna anónima, que va a parar a manos de vagos profesionales, de borrachos, de perdidos, de gente que busca en la mendicidad un arbitrio para vivir sin molestarse en trabajar? ¿Quién ignora que se alquilan, como puede alquilarse un puesto bien situado para expender verdura, los rincones a la puerta de las iglesias? ¿Quién no ha leído historias de niños explotados, de pordioseros muriendo con el jergón relleno de billetes de Banco y monedas de oro? ¿Quién desconoce la estrecha relación entre esa mendicidad callejera con el hampa y con todas las formas del delito? Y al lado de esta mendicidad en la vía pública, ¿no subsiste, no florece, no nos invade la mendicidad por carta, la impostura llamada *sablazo*, merced a esa pereza de la voluntad que tan severamente estigmatiza Heriberto Spencer en su tratado *De las instituciones benéficas*? «Hay siempre—escribe el eminente filósofo inglés—una porción de gente que, al recibir la carta, cree que se trata de diestros embaucadores, pero cede antes de tomarse el trabajo de una comprobación, pensando quizás los que así proceden que son virtuosos al hacer una cosa que parece buena, en vez de ser, como son, viciosos, al no cuidarse de evitar un daño. Cualquiera sabe que al obrar así se mantiene vivo un núcleo de bribones y estafadores, y sin duda de aquí se deriva considerable perjuicio a la beneficencia individual.»

Si los que por pereza, por «quitarse» al que les acosa en la calle o a domicilio, con planchadas retahilas o con lastimosas esquelas, dedicasen lo que gastan inconscientemente a la obra consciente y regularizada de los Consultorios de niños de pecho o a otros afines, ¿cuánto ganarían la salubridad, la higiene, la beneficencia, en suma!

Y que se da abundante limosna al menudeo, pruébalo el hecho de que aumenten los mendigos y los industriales de la epístola-petitorio. No perderían éstos tiempo, tinta y papel, no tardarían aquéllos en procurarse labor, si sus respectivas profesiones no les produjesen lo bastante para arreglarse la existencia con cierta relativa comodidad. No son millonarios los que le acosan sin tregua al transeunte en

Madrid, ni lo serán tampoco los que agotan la retórica del petardo: es fácil, no obstante, que se vea reducida a más estrechez la lavandera que os trae limpia vuestra ropa, la costurera que os la zurce, la castañera que vende en la esquina de la manzana, el sastrecillo y el zapatero en tiempo de *cebolla*, el humilde escribiente, el obrero a quien la lluvia deja sin ocupación... Para la chiquillería de estos verdaderos pobres que no piden se funden los Consultorios y se preparan los limpios biberones en la cesta de alambre.

* *

La idea moderna, tan contraria a dar a la beneficencia carácter de *limosna*, es la que ha influido para que no se suministren raciones de leche enteramente gratuitas; para que se sostenga el recargo de *diez céntimos* en las más baratas. «El doctor Dufour—dice el doctor Ulecia—no quiere que la madre pierda la noción del deber que tiene de alimentar a su hijo, y que su manutención le cueste, aunque poco, alguna cantidad. Realmente, parece imposible que haya madres que no puedan disponer de diez céntimos para la manutención de su hijo.» Y sin embargo, las hay. Las hay en gran número, no entre las mendigas, sino especialmente entre las trabajadoras. Sé de una obrera a quien el médico había ordenado dar a su niño, diariamente, cocida en leche, una sopa de tapioca. Gracias a una señora compasiva, tuvo la leche; pero la tapioca—diez céntimos—no la pudo comprar muchos días. Diez céntimos, en el menaje de un pobre, se necesitan para mil atenciones: el carbón, el aceite, los garbanzos, el mineral, los fósforos, las astillas, el jabón. No hablemos del casero, no hablemos de la ropita, a menudo empeñada... La tapioca era *el lujo*. Y *el lujo* será también, en muchos humildes hogares, esos biberones tan aseados y bonitos que por diez céntimos ofrece el Consultorio.

* *

De estos Consultorios, ha dicho la reina madre, se necesita uno en cada distrito de Madrid. La prueba de que en efecto es así, la da la concurrencia, el apuro que en el único por ahora instalado se advierte. No hay manos, ni ciencia, ni tiempo, ni leche para tanto niño como sería preciso atender. La *gota* debiera convertirse en río. Que la gente entregue para esta obra la cuarta parte de lo que da sin mirar en la calle, a la puerta de iglesias y teatros, en las mil ocasiones que solicitan la fácil compasión semejante a indiferencia y holgazanería *del espíritu*... y se logrará salvar de morir en flor a miles de criaturas, dar a otras innumerables elementos de vida y de salud que formen generaciones robustas, útiles a la patria.

* *

Los marqueses de Casa Torre han hecho lo principal: fundar y establecer. Por ancho que sea su corazón, por hondo que sea su bolsillo, la *Gota de leche* no puede sostenerla un individuo: es empresa social. Numerosas subscripciones pequeñas, al tipo de cinco o diez céntimos diarios, es lo que piden el Consultorio ya instalado y los que deben instalarse a su ejemplo.

Temo que pasado el día brillante de la inauguración; olvidados los artículos de la prensa, la costra de indiferencia social vuelva a consolidarse, porque es más arduo—lo he observado—obtener del público una modesta y constante cooperación, que un donativo fuerte, de pronto.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Consultorio de niños de pecho—el primero que se ha fundado en Madrid—se inauguró solemnemente, hace pocos días, en mi calle, con asistencia de la Reina Madre, de los príncipes de Asturias y Baviera, de la infanta Isabel, y de un concurso numeroso, entre el cual dijérase que se confundían y ocultaban, en vez de ostentarse, los fundadores, marqueses de Casa Torre, como siempre reservados y en actitud del mejor gusto, poco habitual en casos análogos, no sólo aquí, sino dondequiera. La obra no es, sin embargo, cosa baladí, y vale mucho más de la respetable suma que cuesta, en cuanto representa una iniciativa de seguro resultado. Aunque en Barcelona existe ya uno de estos Consultorios, lo cual no me maravilla, porque Barcelona va siempre delante en este género de actividades y en otras muchas, no me parece inoportuno dar algunos detalles y noticias sobre la fundación digna de todo encomio de los marqueses de Casa Torre (1).

* *

Para reseñar la historia de estos establecimientos, me sirve de guía el librito del doctor D. Rafael Ulecia y Cardona, director actual del Consultorio de Madrid. Reciben el expresivo nombre de *Gotas de leche*, y son, efectivamente, una gota, no más que una gota!, pero con esa gota se salvan muchas vidas.

El doctor Ulecia está casado con una Salazar, de los Salazares *estrellados* de Vizcaya: hay en las venas de la señora de Ulecia una gota de sangre que corre también por las de los marqueses de Casa Torre y por las de quien esto escribe.—La relación y el parentesco con el ilustrado médico fueron causa ocasional—la causa determinante hay que buscarla en la generosidad del ánimo—para que los marqueses, le-

(1) En efecto, en Barcelona funciona desde hace más de medio año esta institución benéfica cuyo reciente establecimiento en la capital de España ha inspirado a doña Emilia Pardo Bazán la presente crónica, hondamente sentida y bellísima como todas las con que honra las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nuestra distinguida y estimada colaboradora. Por iniciativa del teniente de alcalde, entonces alcalde interino, D. Julio Marial, y con el valioso concurso del decano del Cuerpo médico municipal doctor Macaya, fundóse, en el mes de agosto último, el Consultorio de la calle de Sepúlveda, que desde entonces viene prestando, por cuenta del Ayuntamiento, valiosos servicios a multitud de familias pobres, proporcionándoles gratuitamente la leche esterilizada y pasteurizada en la misma forma que describe la señora Pardo Bazán, dando saludables consejos a las madres y practicando todas las operaciones que constituyen la misión de la *Gota de leche*.

Como en el número 1.136 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondiente al día 5 de octubre del año próximo pasado, nos ocupamos extensamente de este asunto, dedicándole un artículo ilustrado con varios grabados, omitimos en el presente entrar en mayores detalles.

(N. de la R.)